

EL UTILITARISMO DESAPASIONADO¹

DIANA CUADROS DE VÍLCHEZ
Universitat Internacional de Catalunya

RESUMEN

El propósito de este artículo es revisar la relación entre utilitarismo, las emociones y la razón, desde el punto de vista de la teoría descriptiva. En particular, repasa los estudios más recientes sobre las emociones y el comportamiento moral y extrae algunas conclusiones preliminares sobre las implicaciones sobre la teoría normativa y en particular el utilitarismo.

Palabras clave: Utilitarismo, Razón, Emociones, Ética descriptiva.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to review the relationship between utilitarianism, emotions and reason, from the point of view of descriptive theory. It presents some of the latest researches on emotions and moral behavior, and draws some preliminary conclusions about the implications these studies on the normative theory, and specifically, on utilitarianism.

Keywords: Utilitarianism, Reason, Emotions, Descriptive Ethics.

DE LA RAZÓN A LA EMOCIÓN

La razón ha sido la protagonista del debate normativo desde Platón; no pocos herederos de Kant, entre ellos los utilitaristas, dirían que ésta es el sustrato básico universal que da respuesta a nuestros dos interrogantes. También, desde la dimensión descriptiva o fáctica, aunque guardando cierta consistencia con la perspectiva normativa, la psicología moral se ha centrado en el desarrollo de la capacidad de razonamiento y reflexión para explicar el conocimiento y los juicios morales, desde Piaget y Kohlberg. No ha sido hasta los últimos años que las emociones han ido robándole protagonismo a la razón para dar cuenta de nuestra moralidad, en este

1 Recepción: 31 de agosto de 2010. Aceptación: 20 de diciembre de 2010.

caso, del tipo de evaluaciones que realizamos, de la asimilación de normas y valores, de los juicios y el comportamiento morales.² Esto no significa que el racionalismo haya perdido fuste en los estudios fácticos. De hecho, hoy en día podríamos trazar una línea continua en donde se ubicarían en un extremo las teorías que dan mayor preponderancia a la razón y en el otro, a las emociones, en la descripción y explicación de los hechos morales; pero los estudios de las emociones han rebajado el reduccionismo de las explicaciones más “racionalistas”. En estas páginas nos ubicaremos del lado “emotivista” de este espectro. Señalaremos algunas de las teorías que le han otorgado el papel destacado a las emociones para anotar, al final, algunas repercusiones sobre la teoría normativa, en particular, en el utilitarismo.

Antes de abordar esta tarea vale la pena hacer algunas aclaraciones conceptuales. Cuando abordamos el plano descriptivo, las definiciones sobre “la moralidad”, “el razonamiento moral” o “juicios morales”, procuran no comprometer a ninguna postura prescriptiva en particular y por esta razón, son suficientes para nuestros propósitos aunque incompletas. Así por ejemplo, según el fenómeno que vayamos a describir, será suficiente definir el razonamiento moral como “el acto deliberado de argumentar o dar razones sobre la bondad o maldad, corrección o incorrección de algo”. Esto no compromete a ninguna teoría normativa puesto que cualquiera o al menos gran parte de ellas, presupone este tipo de comportamiento, sea cuales sean los principios que prescriba; pero no es una definición completa puesto que incluye, por ejemplo, las argumentaciones sobre la corrección o incorrección de una vestimenta o sobre la calidad “buena” o “mala” de un destornillador, algo que las teorías normativas serias rehusarían atribuir al plano moral.³ Con esta breve aclaración no salvamos el espinoso terreno conceptual con el que lidia la filosofía normativa y del que no escapa la perspectiva descriptiva, como lo comentamos en las últimas páginas; pero al menos sirve de advertencia al lector para que no lo sorprenda el simplismo de las definiciones que aquí se utilizan. No menos difícil resulta la definición de las emociones o la distinción entre ellas, problema que no abordaremos sino hasta ya avanzada la discusión, cuando sea necesario para los asuntos que tratamos. Hasta entonces, las explicaciones y ejemplos sobre las mismas son suficientes para entender lo que el término designa.

2 Esta lista de componentes de la moralidad no pretende ser exhaustiva, pero es suficiente para lo que aquí se trata. Más adelante los definimos, también de manera incompleta pero suficiente.

3 También la llamada psicología moral distingue entre el razonamiento moral (que aplica normas morales) y el convencional (que aplica normas sociales o de etiqueta u otro tipo de convenciones), pero para nuestros objetivos es innecesario tener en cuenta esta distinción empírica.

LOS FUNDAMENTOS BIOLÓGICOS DE LA MORALIDAD

Desde el plano descriptivo o fáctico, la moralidad no es un producto único de la cultura.⁴ Hay evidencia de que estamos genéticamente dotados para ella, aunque no la suficiente para atribuir a la naturaleza todos los derechos de autor. Esta doble paternidad nos obliga a trazar las famosas líneas divisorias entre los condicionantes culturales y biológicos. En cualquiera de los dos casos vale la pena precisar los interrogantes: No es lo mismo preguntarse por el utillaje, biológico o cultural, que nos permite razonar y actuar moralmente o formular principios morales, que preguntarse por el origen, biológico o cultural, de estos últimos. Para responder a lo primero no tenemos que referirnos a principios morales particulares; para el segundo, sí.

Del primer interrogante da cuenta, por ejemplo, el lenguaje humano, una capacidad para la que estamos biológicamente acondicionados que evoluciona culturalmente y que, a diferencia del resto de animales, permite el razonamiento moral.⁵ También, a diferencia de otras especies, permite al grupo comunicar normas y juicios morales, y sobre todo, compartir conocimiento sobre los sujetos más o menos proclives a respetar las normas del grupo, es decir, quiénes son más o menos confiables para la interacción; algo que nos ha proporcionado considerables ventajas adaptativas.⁶ Entre el utillaje biológico, también encontramos las cualidades empáticas que se manifiestan en la interacción entre humanos, o entre éstos y otras especies, donde, para decirlo en términos utilitaristas, el bienestar de los demás (humanos y no humanos), se integra emocionalmente en el cálculo costo-beneficio de quien juzga o decide cómo ha de actuar. Se trata, en cualquier caso, de capacidades que nos permiten ser los seres morales que somos, con independencia de la ontología que atribuyamos al bien y al mal, o a los principios morales.

El segundo interrogante, el origen biológico o cultural de estos principios, atiende a su carácter universal o específico, respectivamente, y no está del todo desvinculado de la pregunta anterior: Si hay evidencias de principios morales universales, se presume un sustrato biológico que los determina.⁷ A estas alturas, por ejemplo, hay evidencia de que las

4 Podemos entender por cultura la información extragenética transmitida generacionalmente, donde se incluye "... a complex web of implicit and explicit sensory and propositional, affective, cognitive, and motoric knowledge" (Haidt, 2001).

5 Entendiendo por razonamiento moral el acto deliberado de argumentar o dar razones sobre la bondad o maldad, corrección o incorrección de algo.

6 Sobre las ventajas adaptativas del cotilleo ver Dunbar, Robin. *Grooming, Gossip, And The Evolution Of Language*. Harvard University Press, 1996.

7 Evidentemente, no todas las "herramientas" que nos permiten ser morales son fuente de principios morales específicos, como es el caso del lenguaje.

cualidades empáticas mencionadas son fuente de juicios morales universales.⁸

En los siguientes apartados exploraremos los fundamentos emotivos de la moralidad, desde el plano descriptivo o fáctico, en un intento por dar respuesta a los dos interrogantes arriba planteados; en particular, acerca de las bases biológicas de la moralidad. Un último apartado lo dedicaremos a discernir los efectos de estas evidencias para la teoría normativa, en particular, en el debate entre el utilitarismo y la perspectiva deontológica.

LA MORALIDAD ADAPTATIVA

Para la psicología adaptativa nuestra arquitectura mental está poblada de programas evolutivos especializados, donde cada uno es una respuesta a los diferentes problemas que han surgido en la historia de la evolución humana, tales como el reconocimiento de caras, la elección de pareja, la regulación de los latidos del corazón o la vigilancia de predadores. Detrás de estos programas mentales están las emociones, que tienen la función de prepararnos física y mentalmente para adoptar el comportamiento más adaptativo, ante las diferentes señales del entorno.⁹ Así por ejemplo, ante la presencia de un atacante, el miedo provoca la respuesta de huir, pero también activa los subsistemas neuronales que preparan el cuerpo para una reacción física rápida, incluyendo la aceleración de las pulsaciones, un estado de alerta máximo y un registro más agudo del estímulo en nuestra memoria. Huir en momentos de pánico, vomitar cuando se siente asco o atacar en un acceso de rabia son respuestas activadas por las diferentes emociones que nos han permitido sobrevivir como especie.¹⁰ Por lo que respecta a nuestra moralidad, las emociones cumplen una función primordial en la adopción de normas, la formulación de juicios morales y el comportamiento moral. En lo que sigue daremos cuenta de estas funciones y explicaremos en qué sentido son adaptativas para la integración del grupo.

LA ADOPCIÓN DE NORMAS Y EL ORIGEN DE LOS JUICIOS MORALES

Los individuos necesitamos del grupo para sobrevivir y el grupo, para serlo y perdurar, requiere de normas que, en general, como diría un psicólogo social, no son otra cosa que maneras asociativas de enfrentar los retos

8 Por juicio moral entendemos las atribuciones que realizamos sobre la bondad o maldad de personas, hechos o situaciones por su impacto o relación con otros sujetos. De nuevo, se trata de una definición incompleta pero suficiente para nuestros objetivos.

9 Tooby, J. and Cosmides, L. 2008.

10 Las emociones pueden producir diferentes patrones de comportamiento y pese a que estos son sólo la mejor opción dada la recurrencia de ciertos estímulos en nuestra historia evolutiva, en momentos y lugares concretos, pueden tener consecuencias catastróficas

del entorno. Una de las funciones de las emociones más conocida por la psicología es la de actuar de “pegamento” y refuerzo de normas sociales.¹¹ Asimilar una norma de conducta lleva consigo una serie de emociones que se desatan cuando el “agente emotivo” (llamémosle AE), las acata o las vulnera, o cuando lo hace otro sujeto en presencia de AE.¹² A manera de contrafáctico, el psicópata es un ser incapaz de asimilar o hacer suyas, las normas sociales puesto que al transgredirlas, no experimenta emoción alguna. “*Psychopaths see all rules as mere rules because they lack the emotional responses that lead ordinary people to imbue moral rules with genuine, authority-independent moral legitimacy*”.¹³ Aunque puede conocer las normas, razonar lógicamente sobre ellas e incluso acatarlas, cuando lo hace es únicamente como un medio para alcanzar sus objetivos egoístas; por esta misma razón puede llegar a fingir emociones, lo que lo convierte en un predador moral nato.¹⁴ A continuación exploramos el tipo de emociones que acompañan la asimilación de normas sociales y con ellas, el juicio moral que conllevan.

EMOCIONES EVALUATIVAS, JUICIOS MORALES Y NORMAS DE COMPORTAMIENTO

La neurociencia nos enseña que la capacidad de juicio moral surge a partir de cierta edad con las llamadas emociones evaluativas (en adelante EE).¹⁵ Se denominan así porque son producto de la evaluación que realizamos de nosotros mismos o de los demás, a partir de valores, normas

para un individuo. De hecho, el impulso agresivo de los celos que en otro tiempo pudo cumplir una función adaptativa reproductiva, hoy en día está penalizado en muchos lugares (Tooby, J. and Cosmides, *ob.cit.*)

- 11 No todas las normas sociales son morales, evidentemente; las de la moda, son un buen ejemplo. Pero las descripciones que aquí recogemos, las incluyen. Para una tipología de las normas y el papel de las emociones, ver, entre otros: Elster, J. 2002; y 2006.
- 12 Las emociones, por supuesto, también provocan la ruptura de las normas; lo que, entre otras razones, hace casi imposible predecir cómo actuarán los sujetos ante una norma determinada (Elster, J. 2006)
- 13 Greene, J. 2009, pág. 992.
- 14 Rasgos que algunos autores atribuyen al *homo oeconomicus*. Para este paralelismo entre el psicópata y el *homo oeconomicus*, por su incapacidad empática e irreductible egoísmo ver entre otros: Cleckley. *The mask of sanity*, 1955; o más recientemente, Haidt, J. 2003, págs. 852-870.
- 15 Como lo habíamos anticipado, un problema común del estudio de las emociones en general, es la falta de consenso sobre los criterios para identificarlas y clasificarlas, además de la dispar terminología para referirse a ellas. Como lo expresa Lewis: “...*Not only do we have the problems of differentiating shame from guilt, embarrassment, and shyness, but we also have the difficulty of distinguishing between different kinds of pride*” (Lewis, M. 2003). Específicamente las EE, también llamadas “emociones autoconscientes” o “morales”, parecen más claramente identificables gracias a las características que aquí recogemos.

u objetivos. Las EE son, por tanto, un tipo de cognición aunque no de razonamiento. Para dar un ejemplo, antes de los 2 años, un niño se alegra cuando alcanza un objetivo, pongamos por caso, hacer sonar una campana tirando de una cuerda. Pasada esta edad, la alegría, se torna en orgullo en una situación similar.¹⁶ Lo mismo sucede con otras EE como la vergüenza o la culpa: Surgen una vez AE ha asimilado objetivos, valores, o normas de su entorno, o se ha formado los suyos propios, y se juzga a sí mismo y a los demás a partir de ellos.¹⁷ La vergüenza (*shame*), por ejemplo, es la consecuencia de la autoevaluación negativa de AE, a partir de los referentes mencionados;¹⁸ en este caso, la autoevaluación es global en el sentido de que AE se evalúa como persona, a diferencia, por ejemplo, del tipo de autoevaluación que supone la culpa (*guilt*). Ésta, en particular, tiene el mismo origen pero la autoevaluación se dirige específicamente al comportamiento o una acción en particular; no supone una auto-evaluación global. Esta diferencia entre la evaluación global y específica de las dos emociones explica, por ejemplo, los efectos paralizantes de la vergüenza y activadores de la culpa. Para decirlo con las metáforas de M. Lewis, “...*the function of guilt and shame is to interrupt any action that violates either internally or externally derived standards or rules. ...The difference between shame and guilt resides in the nature of the interruption. ...Guilt is designed to alert the organism that the behavior violates some rule or standard and to alter that behavior. Its function is to alert or to provoke anxiety. In addition, it directs behavior toward alternative action patterns that repair the inappropriate behavior that has been called into question. In shame the command is much severe: “Stop. You are not good” ...rather than resetting the machine toward action, it stops the machine. Any action becomes impossible since the machine is wrong... Its aversiveness functions to ensure conformity to the standards or rules.*”¹⁹ De manera análoga a la evaluación negativa global y específica de la vergüenza y la culpa, se produce la autoevaluación global y específica, en este caso positiva con la arrogancia y el orgullo, respectivamente. La arrogancia supone que AE se evalúa positivamente como persona; en cambio, el orgullo supone una autoevaluación específica sobre una conducta que, a ojos de AE, es positiva.²⁰ Por último, también hay EE

16 La evaluación a la que aquí nos referimos no necesariamente es moral, como lo muestra el ejemplo de la campana y la cuerda, pero la incluye, si atendemos a que no hay evidencia de que el juicio moral discurra por mecanismos psicológicos o neuronales diferentes a los que aquí describimos. Más adelante nos referimos a esta “inespecificidad” neurológica de los juicios morales.

17 Lewis, M. 2003.

18 La vergüenza es el principal apoyo para las normas sociales (Elster, J. 2002).

19 Lewis, M. 2003.

20 *Ibid.*

positivas y negativas que se refieren a los demás. Como vimos, alguien puede provocar la rabia de AE, si a sus ojos vulnera una norma social. Por lo mismo, puede provocar admiración, en caso contrario; los actos o personajes heroicos son un ejemplo.²¹

Al parecer aun no hay suficiente consenso científico acerca del origen de las EE y con ellas, del juicio moral.²² Según los estudios, nuestra capacidad cognitiva evoluciona de la mano de la emotiva en una relación de mutua alimentación. A la pregunta del huevo y la gallina, algunos autores opinan que es la emoción la que lleva a la cognición, la cual a su vez propicia la aparición de nuevas emociones, entre ellas, las EE.²³ Hasta que éstas entran en escena, la historia es la siguiente: Al nacer, se manifiestan emociones básicas ligadas a una capacidad cognitiva muy rudimentaria; de hecho están presentes antes de que la persona haya alcanzado consciencia de sí misma.²⁴ La aflicción (*distress*), la alegría (*happiness*) y el miedo, por ejemplo, son algunas de ellas. Entre los 15 y 18 meses se produce el trascendental salto cualitativo cognitivo: La consciencia de sí mismo que da origen a su vez a emociones autoconscientes.²⁵ La empatía, por ejemplo, surge al suponer emociones ajenas, es decir, al ponerse en la piel del otro;²⁶ la envidia se produce al desear lo que otros tienen. Finalmente, entre el segundo y tercer año, a la consciencia de sí mismo se añaden dos requisitos cognitivos que propician las EE: Uno es la adopción de referentes (normas, valores, objetivos), propios o externos por parte de AE; y otro, la capacidad de atribuir la autoría o responsabilidad del comportamiento.²⁷ Algunos autores subrayan el papel de los padres o tutores (*caregivers*), en la aparición de las EE; según esta teoría, las EE son respuestas a la aprobación o

21 Tangney, J. 2007.

22 De hecho, uno de los grandes interrogantes de la neurociencia sigue siendo la aparición de la emoción a partir de un estímulo dado, lo que dificulta determinar el origen de las emociones en el desarrollo humano (Panksepp, J. 2008). Acerca del origen de los juicios morales, en particular, en el siguiente apartado recogemos las tesis del emotivismo.

23 Tampoco se conoce aun el vínculo funcional entre la parte intencional o propiamente cognitiva del cerebro, y la emocional (Frijda, N. 2008).

24 Por consciencia de sí misma, se entiende aquí la capacidad del sujeto de diferenciarse de los demás. La comparación con los otros sujetos, por ejemplo, ya la supone.

25 Uno de los rasgos distintivos de las EE es justamente que en ellas, la consciencia de sí mismo es particularmente intensa, como sucede en el caso de la vergüenza. Cabe anotar que la autoconsciencia de sí mismo no es lo mismo ni implica ser consciente de las propias emociones. Es posible estar en un estado emocional determinado sin saberlo, sin conocerlo o incluso negarlo (Lewis, M. 2003).

26 La empatía no es propiamente una emoción o, al menos, una en particular. Supone “*the involvement of psychological processes that make a person have feelings that are more congruent with another’s situation than with his own situation*” (Hoffman, M. 2000, pág.30).

27 Lewis, M. 2008.

reprobación explícita o imaginaria de estos “agentes socializadores” y motivan comportamientos consistentes con normas de conducta para evitar evaluaciones negativas (vergüenza y culpa) o provocar las positivas (orgullo). En este periodo, el papel de estos agentes es crucial para que el niño entienda sus propias EE y las vincule de forma cada vez más sofisticada y autónoma con las normas de conducta o valores que ha ido asimilando: “... *in particular, powerful parental messages of responsibility and the consequences of behavior, together with the salient self-referential emotions (EE) with which they are associated, are significant and memorable experiences for young children. As these experiences become incorporated into the (...) self-referent beliefs, moral evaluations are likely to become part of how children view themselves, and conceive how to relate to others and their relationships with people who matter.*”²⁸

De acuerdo con lo anterior, asimilamos emotivamente las normas del grupo y lo manifestamos también emotivamente, lo que a su vez tiene ventajas adaptativas para el individuo en su grupo: Por ejemplo, si manifestamos sincera vergüenza ante el incumplimiento de una norma, nos hacemos más confiables e incrementamos las probabilidades de que los demás interactúen con nosotros en futuras empresas cooperativas.

Lo anterior nos permiten entender una de las funciones más destacables de las EE, como es la de reforzar las normas sociales, y con ellas al grupo, manteniendo nuestro comportamiento enmarcado en ellas. En frase de los especialistas, las EE “...*keep us handcuffed to the social contract. The negative flavors of (...) embarrassment, shame, and guilt that arise from social misdeeds are sufficiently unpleasant that, once given a taste, people are highly motivated to regulate their behavior so as to avoid experiencing them. (...) Similarly, pride is a pleasant feeling that individuals may be drawn again and again*”.²⁹ Estas inferencias a partir de la evidencia empírica hablan a favor del Utilitarismo de las Reglas como tendremos oportunidad de comentar en el apartado final.

JUICIOS MORALES: ENTRE LA EMOCIÓN Y LA RAZÓN

Hasta aquí hemos visto el papel de las emociones en la asimilación de normas y cómo se integran en el juicio moral. Desde este mismo plano descriptivo, la psicología moral se ha preguntado por el papel de las emociones y la razón a la hora de emitir los juicios morales. Una de las versiones más extremas del emotivismo, es el modelo psicológico intuicionista que viene a sostener la tesis de que “*human beings come equipped with an intuitive*

28 Thompson, R. y otros. 2006.

29 Beer, J. 2007, pág.53.

ethics, an innate preparedness to feel flashes of approval or disapproval toward certain patterns or events involving other human beings".³⁰ Así, ante la evidencia de un incesto, por ejemplo, AE experimenta primero una emoción negativa de rechazo ("*a quick flash of revulsion*"), que le lleva a afirmar que el acto es malo o incorrecto, donde la emoción actúa como un tipo de cognición. Aunque no se descarta el papel del razonamiento moral, éste se mantiene en un segundo plano, en la mayoría de los casos como sucedáneo o racionalización del juicio que las emociones han provocado: "*Moral reasoning is usually an ex post facto process used to influence the intuitions (and hence judgments) of other people (...) When faced with a social demand for a verbal justification, one becomes a lawyer trying to build a case rather than a judge searching for the truth*".³¹

De acuerdo con esto, estamos dotados de "emociones morales" —aquellas vinculadas a los intereses o bienestar, de la sociedad o de personas aparte del AE—, y serían éstas y no el razonamiento, el origen de nuestros juicios y del comportamiento morales.³² Entre las evidencias a favor de estas tesis está, por ejemplo, que las acciones morales covarían más con las emociones que con el razonamiento moral. A esto se suma el hecho de que el razonamiento no suele producir persuasión entre los interlocutores. "*...Because moral positions always have an affective component to them, (...) reasoned persuasion works not by providing logically compelling arguments but by triggering new affective valenced intuitions in the listener.*"³³ Por otra parte, también está la evidencia de que los juicios morales experimentan pocos cambios a lo largo de la vida de las personas por causa del razonamiento moral, entre otras razones porque rara vez aplicamos el razonamiento para revisar o corregir las propias creencias o actitudes morales. Por lo general, el razonamiento llega a ser persuasivo sólo cuando nuestra intuición moral es débil o inexistente.³⁴

Así pues, estamos en mejor disposición biológica para asimilar y acatar las normas del grupo que para revisarlas y cuestionarlas. Los juicios morales son necesarios para aplicar y reforzar estas normas y, al ser más el producto de las emociones que del razonamiento frío y pausado, se producen de manera "automática" donde las emociones actúan como elemento cognitivo, en lugar de la ponderación fría y lógica de la información

30 Haidt, J. 2004.

31 Haidt, J. 2001. El autor rebate con su tesis el racionalismo psicológico, dominante hasta la aparición del modelo intuicionista.

32 Se entiende que las EE cumplen con esta definición de "emociones morales", aunque se incluyen también la rabia o el disgusto si se asocian a estas situaciones.

33 Haidt, J. 2001.

34 *Ibid.*

disponible, más lenta y costosa a la hora de aplicar las normas y, como efecto, reforzarlas.

Por último, el papel que le atribuye a la cultura esta perspectiva, es el de potenciar o inhibir de manera diferenciada las intuiciones morales naturales; de ahí la diversidad moral que encontramos entre grupos sociales. En palabras de Haidt “... *Moral development is primarily a matter of the maturation and zapping of endogenous intuitions. People can acquire explicit propositional knowledge about right and wrong in adulthood, but it is primarily through participation in custom complexes involving sensory, motor, and other forms of implicit knowledge shared with one’s peers during the sensitive period of late childhood and adolescence that one comes to feel, physically and emotionally the self-evident truth of moral propositions*”.³⁵

De nuevo, estas emociones morales, potenciadas culturalmente cumplen la función de cohesionar al grupo: “...*Once people (or earlier hominids) began reacting with contempt, anger, and disgust to social violations, it became adaptative for individuals to monitor and constrain their own behavior. People have a strong need to belong to groups (...) and the self-conscious emotions seem design to help people navigate the complexities of fitting into groups without triggering the contempt, anger, and disgust of others*”.³⁶

No es difícil reconocer que el modelo de Haidt avala las versiones más fuertes del humanismo, al sostener que nuestros juicios morales no son más que expresiones de nuestras emociones; y con ello, de paso, menoscaba cualquier intento de fundar racionalmente la moralidad, esto es, de afirmar su objetividad.³⁷ De hecho, su modelo niega que haya un auténtico razonamiento moral, puesto que ajustar nuestro comportamiento a un principio moral no es más que una racionalización. Por esta vía, el principio de utilidad que supone el cálculo y la ponderación de alternativas, no tendría cabida como fuente motivacional ni base racional para la acción. En el mejor de los casos, no pasaría de ser una racionalización de nuestros “instintos morales”.

No es de extrañar que este modelo intuicionista haya recibido críticas desde las posturas que destacan el papel de la razón en los juicios en general, no solamente morales. En particular, las críticas al emotivismo ético no son tan recientes como la evidencia empírica que las respalda. Prueba de que la razón es determinante en el juicio moral es, por ejemplo, el hecho

35 *Ibíd.*

36 Haidt.J. 2003.

37 La falta de objetividad no está reñida con la universalidad del comportamiento moral en el modelo de Haidt para el que estamos dotados, como especie, de emociones morales específicas.

de que los niños, desde muy temprana edad y con independencia de su origen cultural, juzgan diferente los actos de agresiones físicas dependiendo de las circunstancias; o que sus juicios sobre las agresiones morales sean sensibles a las consecuencias. De hecho, afirman los críticos, el juicio moral es independiente de las emociones de AE, puesto que una persona puede juzgar algo como incorrecto o inmoral incluso si carece de cualquier disposición emocional al respecto. El caso de los psicópatas, por ejemplo, ilustra de manera más extrema que hay razonamiento genuino, y no la racionalización a partir de una emoción motivante. Gracias a esta independencia emocional somos capaces de forjar nuestra moralidad —de adoptar intencionalmente principios y juicios a partir de procesos deliberativos—, y podemos juzgar y reflexionar sobre nuestras propias emociones.³⁸

A favor de estas críticas podríamos cuestionar directamente las inferencias de Haidt: El hecho de que los juicios morales experimentan pocos cambios a lo largo de nuestra vida por causa del razonamiento moral, o de que rara vez aplicamos el razonamiento para revisar o corregir las propias creencias o actitudes morales, no es prueba suficiente de la inutilidad o ineficacia de la razón en esta empresa; de la misma manera que, el hecho de que pocas veces hagamos ejercicio a lo largo de nuestra vida o no cambiemos nuestros hábitos alimenticios, no prueba que el primero o estos últimos no tengan ninguna repercusión en nuestro estado físico. De hecho, la evidencia empírica que recogemos a continuación sugiere que la razón es más activa en nuestro comportamiento moral de lo que supone el modelo de Haidt.³⁹ Estos hallazgos resultan particularmente interesantes por el respaldo que supone al utilitarismo. Sobre esto último dedicaremos el apartado final.

ACERCA DE LOS JUICIOS CONSECUENCIALISTAS Y DEONTOLÓGICOS

La neurociencia intenta, entre otras cosas, entender cómo el cerebro humano llega a realizar los juicios morales. Nos dice, por ejemplo, que el cerebro no dispone de un sistema moral específico sobre el que se pueda hablar del “sentido moral” o la “facultad moral”. Los juicios del tipo que sean, tienen una misma base afectiva y emergen de interacciones complejas entre múltiples sistemas cuyas funciones no son específicamente morales.⁴⁰ Este

38 Para una revisión más detenida de las críticas y la evidencia empírica a la que aquí se hace referencia, ver: Turiel, E. 2006; también S. Nichols (2004) aporta evidencia empírica para respaldar las réplicas contra el emotivismo ético de autores como S. Darwall, A. Gibbard y P. Railton.

39 Tampoco refutan las tesis emotivistas de este modelo puesto que no hacen referencia al origen de los valores o normas morales; sólo al proceso mental que subyace al juicio moral.

40 Greene, J. 2009.

hallazgo, mina cualquier intento de fundar los juicios morales en facultades cerebrales específicas, ya sean intuicionistas-emotivas o racionales. Al parecer, la intuición o emoción y la razón no operan de una manera que podamos identificar como específicamente moral, pero ambas parecen jugar un papel determinante en los juicios. Al menos, es una de las aseveraciones que hallamos al intentar responder a nuestro interrogante sobre el origen natural de los juicios morales. La postura a la que nos referimos pretende sintetizar el racionalismo y el emotivismo para explicar el desarrollo de la moralidad y nos resulta particularmente atractiva por sus implicaciones sobre el utilitarismo. Se trata de la denominada “teoría del doble proceso de juicio moral” (*the dual-process theory*). De acuerdo con ella, tanto las respuestas intuitivo-emotivas, como las cognitivas más controladas, juegan un papel crucial y muchas veces competitivo, en los juicios morales. En particular, esta teoría asocia las respuestas cognitivas controladas a los juicios utilitaristas o consecuencialistas que favorecen el “mayor bien” sobre los derechos individuales, y las respuestas intuitivo-emotivas, al intuicionismo moral o a juicios deontológicos dirigidos a respetar derechos, deberes y obligaciones que están por encima del “mayor bien”.⁴¹

Partiendo de la evidencia de que en nuestra vida cotidiana utilizamos criterios consecuencialistas y deontológicos para emitir juicios morales, estos estudios muestran que, a la hora de realizar estos juicios se activan dos tipos de sistemas cerebrales, uno cognitivo controlado y otro, de respuestas emocionales-intuitivas. El primero, da pie a juicios utilitaristas o consecuencialistas que favorecen el “mayor bien” sobre los derechos individuales y el segundo, provoca los juicios deontológicos dirigidos a respetar derechos, deberes y obligaciones que están por encima del “mayor bien”. De manera consistente con lo ya visto, los juicios utilitaristas se emiten en ausencia de una respuesta emotiva que los compense. ¿Qué tipo de situaciones provocan estos dos tipos de juicios morales?

Según los estudios, las respuestas emotivas, es decir los juicios deontológicos suelen producirse cuando el daño que se produce es más “personal” o cuando hay un contacto físico por parte de AE que provoca el daño. Cuando no hay este contacto físico, y en ausencia de la respuesta emotiva, el juicio utilitarista suele prevalecer. Para entender a qué se refieren los casos “personales” o de contacto físico, recogemos uno de los tantos experimentos utilizados en estas investigaciones. Se trata de dos dilemas conocidos, sobre los que las personas seleccionadas para el experimento, deben

41 *Ibid.* Habría que recordar que el consecuencialismo no se reduce al utilitarismo. En cualquier caso, un análisis detenido del tipo de evidencia aquí citada, constata que los juicios consecuencialistas a los que se refiere, corresponden a alguna variante del utilitarismo.

emitir un juicio moral: Uno es el “*Trolley Problem*” o “*switch case*”, y el otro es el “*footbridge dilemma*”. El primero, trata del conductor de un tranvía sin frenos, que debe decidir entre hacer circular la máquina por la misma vía con la consecuencia predecible de matar a 10 personas que están al final de la misma, o desviarla hacia una única vía alternativa pero con la consecuencia predecible de matar a una sola persona que está al final de esta otra vía. El “*footbridge dilemma*” en cambio, es el que enfrenta un espectador desde un andén, que observa que un tren descontrolado va a matar a 10 personas a menos de que empuje a la vía a una persona obesa que tiene a su lado, frenando así al tren y salvando a las diez personas pero causando la muerte segura al obeso. Es de notar que los dos dilemas coinciden en cuanto a la consciencia, intencionalidad, capacidad de reacción de los sujetos que provocan el daño y las consecuencias de sus decisiones (sacrificar a uno para salvar a diez). La diferencia está en que en el “*switch case*”, el daño no implica contacto físico, no es un caso “personal”, a diferencia del “*footbridge dilemma*”, lo que explica, según el estudio, que las personas suelen emitir un juicio deontológico condenando al espectador que sacrifica al obeso para salvar a 10 personas, pero indulten al conductor de la máquina que decida matar a la única víctima de la vía.⁴²

MORALIDAD Y PSICOLOGÍA MORAL

“*When one is considering the difficulties in psychology’s making a substantial contribution to the foundation of ethics, it is important to bear in mind how far we can go without it. We can go quite far*”.⁴³ Cuando Bernard Williams pronunció esta frase, seguramente se refería a las sofisticadísimas reflexiones que ha producido la filosofía moral, una vez superada la falacia naturalista. Pero de aquí no se sigue que la filosofía normativa (FN) y la investigación científica deban rehuirse mutuamente para evitar confundir el ser con el deber ser. Tal como hemos visto en estas páginas, la ciencia ha tenido que recurrir a la FN para conceptualizar la cualidad “moral” de fenómenos como la internalización de normas y principios de comportamiento o el razonamiento evaluativo. No es un préstamo menor si tenemos en cuenta que las parcelas de realidad estudiadas y la interpretación de los datos, dependen de lo que entiendan los investigadores por dicha cualidad. Por ejemplo, si no se distinguen conceptualmente las

42 Confirmando la tesis del estudio: “... *As predicted, the personal dilemmas preferentially engaged the brain regions associated with emotion (...) Also consistent with our dual process theory, the impersonal moral dilemmas (...) elicited increased activity in regions (...) associated with working memory (...) and cognitive control.*” Greene, J. 2009, pág. 998.

43 *Ethics and the Limits of Philosophy*. Harvard University Press, 1985.

convenciones sociales de las normas morales, los investigadores pueden descuidar las diferencias en comportamiento, actitudes y creencias que existen ante la ruptura de una norma de etiqueta por ejemplo, y una norma moral.⁴⁴ El caso más evidente es el de los estudios psicológicos acerca del desarrollo moral ontogenético: Para saber qué es lo que motiva las conductas morales y cómo se originan estas motivaciones, es necesario partir de un concepto preciso acerca de la cualidad “moral”. De la misma manera, como lo hemos recogido aquí, la neurociencia ha recurrido al consecuencialismo y deontologismo para dar cuenta de los diferentes juicios morales que emiten las personas y analizar los procesos cerebrales que los impulsan.

Por su parte, la FN tampoco puede prescindir de la evidencia empírica, al menos sin consecuencias sobre la seriedad, pertinencia, razonabilidad e incluso utilidad de sus postulados. Para dar unos ejemplos, la FN parte de la evidencia para decirnos en qué situaciones formulamos correctamente juicios morales o cuáles son los juicios adecuados a las diversas circunstancias o ámbitos en los que discurre nuestra vida. Sería prescindible una FN que desatendiera del todo nuestra cotidianidad, el tipo de relaciones o situaciones que construimos o en las que nos encontramos inmersos. Tampoco consideraríamos serio o interesante postular principios de comportamiento que ningún ser humano defiende o, principios que contravinieran nuestras posibilidades fácticas, psicológicas o cognitivas (p.ej. “salva en todos tus actos a la humanidad”); o que partieran de supuesto equivocados acerca de nuestras capacidades de asimilar normas de conducta y discriminar su aplicación según las circunstancias, asimilar los deseos, intereses y necesidades de los demás, o anticipar consecuencias del comportamiento.⁴⁵ En particular, las teorías que aquí hemos presentado hablan justamente de estas posibilidades fácticas, psicológicas o cognitivas.

Al preguntamos acerca del utillaje biológico de la moralidad, hallamos explicaciones acerca de la función adaptativa de las emociones pro-sociales. En particular, a la hora de asimilar normas del grupo y motivar el comportamiento consecuente con ellas. Las emociones hacen que las normas no sean externas o necesariamente algo impuesto coercitivamente por la sociedad; al asimilarlas, el individuo las hace “suyas” a través de las llamadas emociones evaluativas; su acatamiento afecta su propia utilidad.⁴⁶

44 Ésta es la crítica que se formula, por ejemplo, a los estudios psicológicos de Damasio (Turiel, E. 2006).

45 Para una esclarecedora reflexión acerca la necesidad de la teoría moral de atender a nuestro sustrato emocional, ver: Ovejero, F. “Emociones razonables”. En: *Claves de la razón práctica*. N° 203, (2010), págs. 22-28.

46 En palabras de Hoffman: “*Though the norms may be initially external and often at variance with one’s desires, they eventually become part of one’s internal motive system (...) and help guide one’s behavior even in the absence of external authority*” (2000, pág.122)

Este terreno es particularmente atractivo para el utilitarismo de las reglas, por ejemplo, ya que proporciona una base biológica al acatamiento de las reglas que maximizan la utilidad general. Los individuos no sólo tienen “razones” para acogerse a las reglas de la sociedad que benefician al conjunto o maximizan la utilidad general, sino que además tienen una propensión biológica a hacerlo. Pero esta evidencia también sirve a las teorías deontológicas y de hecho, parece ser un fundamento biológico que las beneficia especialmente: Ya sea la intuición moral o la razón, la fuente de los principios morales que postulen, una vez la emoción ha cumplido su función de pegamento de la norma o principio de comportamiento, éste gozará de una especial fuerza motivacional.

En cambio, el principio de utilidad parece no gozar de esta misma fuerza, a juzgar por la teoría del doble proceso de juicio moral. Como contrapartida, esta misma teoría refuerza el carácter racional del principio de utilidad al proporcionarle entidad “física” (cognitivo-controlada) al proceso cerebral que lo produce. Entidad de la que, según la neurociencia, carecen los juicios deontológicos que provocan el comportamiento.

Como advertimos al comienzo, no pretendemos cubrir en estas pocas páginas el conocimiento fáctico asentado acerca del desarrollo de la moralidad, queda mucho por explorar, así como sus implicaciones sobre la teoría normativa en general, y el utilitarismo en sus diversas variantes. Lo que si creemos es que los avances en estos descubrimientos deben ser tenidos en cuenta por cualquier teoría moral por las razones ya anotadas.

BIBLIOGRAFÍA

- Beer, Jennifer S. “Neural Systems For Self-conscious Emotions And Their Underlying Appraisals.” En *The Self-conscious Emotions*. Tracy, Jessica L., et al., New York, Guilford Press, 2007, pág. 53.
- Dunbar, Robin. *Grooming, Gossip, And The Evolution Of Language*. Cambridge, Harvard University Press, 1996.
- Elster, Jon. *Alquimias de la mente*. El Roure, 2002.
- Elster, Jon. “Emotions.” *Nuts And Bolts*. Cambridge University Press, 2006.
- Frijda, Nico H. “The Psychologist Point Of View”. En *Handbook Of Emotions*. Lewis, M. y otros, Guilford Press, 2008, cap. 5.
- Greene, Joshua D. “The Cognitive Neuroscience Of Moral Judgment.” En *The Cognitive Neurosciences IV Edition*. Gazzaniga, M. (ed.), MIT Press, 2009, págs. 987-1002.
- Haidt, Jonathan. “Moral Emotions”. En *Handbook Of Affective Sciences*. Davidson, R. y otros (eds.), Oxford University Press, 2003, págs. 852-870.

- Haidt, Jonathan. "The Emotional Dog And Its Rational Tail: A Social Intuitionist Approach To Moral Judgment." *Psychological Review*, Vol. 108, n° 4, (2001), págs. 814-834.
- Haidt, Jonathan, y Joseph, Craig. "Intuitive Ethics: How Innately Prepared Intuitions Generate Culturally Variable Virtues." *Daedalus*, Vol. 133, n° 4 (otoño 2004), págs. 55-66.
- Hoffman, Martin L. *Empathy And Moral Development*. Cambridge University Press, 2000.
- Lewis, Michael. "Self-conscious Emotional Development." En *Handbook Of Emotions*. Lewis, M. y otros, Guilford Press, 2008, pág. 137.
- Lewis, Michael. "The Role Of The Self In Shame." *Social Research*, Vol. 70, n°4 (Invierno 2003).
- Nichols, Shaun. *Sentimental Rules: On The Natural Foundations Of Moral Judgements*. Oxford University Press, 2004.
- Panksepp, Jaak. "The Affective Brain And The Core Consciousness: How Does Neural Activity Generate Emotional Feelings?" En *Handbook Of Emotions*. Lewis, M. y otros, Guilford Press, 2008, cap. 4.
- Tangney, June Price y otros. "What's Moral about the Self-Conscious Emotions". En *The Self-Conscious Emotions. Theory and Resaerch*. Tracy, J.L, y otros, The Guilford Press, 2007, págs. 21-38.
- Thompson, Ross y otros. "Understanding Values In Relationship: The Development Of Conscience." En *Handbook Of Moral Development*. Killen, M. y Smetana, J. (eds.), Psychology Press, 2006, págs. 267-297.
- Tooby, John and Cosmides, Leda. "The Evolutionary Psychology Of The Emotions And Their Relationship To Internal Regulatory Variables." En *Handbook Of Emotions*. Lewis, M. y otros, Guilford Press, 2008, cap. 8.
- Turiel, Elliot. "Thought, Emotions, And Social Interactional Processes In Moral Development." En *Handbook Of Moral Development*. Killen, M. y Smetana, J. (eds.), Psychology Press, 2006, cap. 1.

Diana Cuadros De Vílchez
 Universitat Internacional de Catalunya
 e-mail: dianac@cir.uic.es